

celeste, á la cual responde débil y flacamente la música humana.... Con razón ha llamado Milá y Fontanals á esta oda (tan admirada por él, y que todos sus discípulos sabemos de memoria) «bella paráfrasis cristiana de la estética de Platón.»



CAPÍTULO VII.

LA ESTÉTICA PLATÓNICA EN LOS MÍSTICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.—FR. LUÍS DE GRANADA.—FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES.—FR. DIEGO DE ESTELLA.—FR. LUÍS DE LEÓN.—MALÓN DE CHAIDE.—EL BEATO ALONSO DE OROZCO.—CRISTÓBAL DE FONSECA.—EL TRATADO «DE LA HERMOSURA DE DIOS» DEL PADRE NIEREMBERG.

HEMOS de confesar que casi todo lo que se ha escrito acerca de nuestra sublime escuela mística del siglo de oro, carece de rigor y de precisión histórica, y debe tenerse mucho más por ensayo laudable (cuando no por adivinación más ó menos afortunada), que por conocimiento real y directo del asunto. La base para formar juicios, ya analíticos, ya sintéticos, faltará en tanto que la mayor parte de los monumentos de esta literatura continúen ocultos é ignorados para los críticos, y mientras éstos no se resignen á la tarea ingrata y deslucida, pero necesaria, de ir examinando nuestros libros de

devoción uno á uno, por el orden cronológico en que se produjeron, único medio de establecer la filiación intelectual de los autores y de los sistemas, y de reducirlos á clases y grupos. Cuando esta labor, ciertamente inmensa, esté ya terminada, podremos, con entero y cabal conocimiento de causa, con plena sinceridad y desinterés, sin entusiasmos muchas veces prematuros é irreflexivos, apreciar en conjunto el cuadro, y poner en su lugar cada uno de los múltiples detalles. Entonces, y sólo entonces, podrá escribirse un libro sobre *los Místicos Españoles*, justificando el ambicioso título que con bien poca fortuna dió Pablo Rousselot al suyo, reducido en su parte útil á una serie de breves monografías (no exentas de yerros) sobre los autores más famosos y accesibles. Pero ¿qué significan estos seis ú ocho estudios, incompletos en sí mismos, y sometidos además á un orden artificial, impuesto, no por el asunto, sino por la voluntad del crítico, para juzgar de una escuela que estuvo en continuo vigor de producción durante dos siglos, y que, entre místicos y ascéticos, dió á luz por lo menos tres mil y tantos libros, si hemos de estar al índice de Nicolás Antonio? Claro es que en esta inmensa y popular literatura ha de abultar, como en todas partes, mucho más el fárrago que las obras dignas de vivir, aun sin tener en cuenta la insufrible monotonía, á la cual, ora por esterilidad de ingenio, ora por la condición de estas materias espirituales, siempre las mismas, aunque sean las más altas que puede abarcar el entendimiento

humano, se veían condenados los escritores. Pero aun para discernir y separar el grano, es preciso conocer de cerca á muchos autores que hoy sólo conocemos de nombre, y á otros de quienes ni el nombre vive, como no sea en las páginas de nuestro gran diccionario bibliográfico. Hay que reanimar todas esas figuras, que un tiempo tuvieron vida, y, en vez de identificarlas en una admiración común é irracional, como hacen los *devotos* que en nuestros días empalagosa y lánguidamente quieren remedarlos, guardarse mucho de no confundir en una sola tinta borrosa y uniforme todos aquellos venerables rostros que en vida ostentaron tanta diversidad y energía, no ya sólo como escritores, sino también como pensadores, por mucho que se indignen los que, midiéndolo todo por las reglas de su estrecho y entenebrecido criterio, rechazan como una herejía la afirmación de que, aun siendo común á todos nuestros místicos el fondo de sus especulaciones, cabe en los accidentes variedad interminable y riquísima, porque no hay autor, ni hay libro, ni hay sistema de teología, que pueda encerrar todos los modos por donde lo divino se manifiesta al alma, ni aprisionar en secos aforismos y categorías todas las vislumbres y centellas de la eterna y trascendental sabiduría, que va recogiendo el alma en su místico viaje, para alumbrar con ellas su camino. Y como la mística, aunque sea ciencia de amor, es *ciencia* al cabo, y por consiguiente ejercicio especulativo de la mente, sin lo cual se convertiría en *iluminismo* fanático, claro es que en

el modo de tratarla y entenderla, aunque sean todos cristianos los que la entienden y tratan, y hagan entrar todos como elemento principalísimo en su especulación la doctrina revelada y el poder inefable de la gracia, pondrá cada cuál aquellas disposiciones y tendencias de su pensamiento que más le caractericen á él y á su raza, y, por tanto, unos místicos serán ontólogos y otros psicólogos, unos analizadores y otros sintéticos y armónicos, todo según el entendimiento que Dios les haya dado, y el pueblo á que pertenezcan, y la educación que hayan recibido. Y no ha de tenerse por deshonra de ellos, ni por idea pecaminosa y vitanda en el crítico, ni por concesión hecha al vago espiritualismo reinante, el insistir tanto como hoy lo hacemos algunos, en esta parte exterior, profana y metafísica del misticismo, ni el hacer notar la innegable influencia que en el pensamiento de algunos de los más insignes maestros de la vida contemplativa ejercieron, como no podían menos de ejercer, las ideas filosóficas dominantes en su tiempo, ya aristotélicas, ya platónicas, ya independientes, pues lo singular hubiera sido que tal influencia no se ejerciese, en hombres que forzosamente tenían que tratar muy por menudo de las facultades humanas y de su ascensión hacia lo perfecto y lo absoluto, abordando de frente los mayores problemas que la razón puede proponerse en su ejercicio. Yo sé bien que á los santos varones les importan poco las vanidades humanas, aun contando entre ellas la vanidad científica; pero sé

también que ningún biógrafo de San Jerónimo deja de contar muy á la larga sus trabajos de hebraizante, y que ningún biógrafo de San Agustín deja de insistir en lo que su filosofía debió á la lectura y enseñanza de los académicos. Porque la verdad y la ciencia son verdad y ciencia siempre, proféselas un gentil ó un cristiano; y cuando la razón de los antiguos alcanzó por sí alguna de esas sublimes verdades que admiramos en Platón, en Aristóteles y aun en Plotino, conquistadas quedaron para la futura Metafísica, y á nadie, antes del advenimiento de la grosera doctrina tradicionalista, se le ocurrió rechazar la deuda de gratitud ni maldecir de los que habían educado el pensamiento de los filósofos cristianos, ó más bien maldecir del pensamiento mismo.

Sin preocupación, pues, ni temor pueril, y limitándonos á nuestro asunto, pondremos frente á frente en este capítulo las ideas de nuestros místicos acerca de la hermosura, con las que profesaban sobre el mismo asunto los platónicos independientes ó profanos estudiados en el capítulo anterior, para que luego se remonte el lector á los orígenes de toda esta doctrina, cuyos principales eslabones son: Platón, Plotino, El Falso Areopagita, San Buenaventura.

Pero antes de internarnos en este estudio, que tampoco extenderemos á todos los rasgos sueltos esparcidos en los místicos que conocemos, sino sólo á los que proceden en alguna forma que pueda calificarse de doctrinal y *consciente*, vamos á intentar una clasificación, no ciertamente in-

terna, porque no lo consienten las noticias que hasta ahora tenemos, sino externa y superficial; pero así y todo, más fundada, menos expuesta á errores, y quizá en su fondo menos arbitraria y anti-filosófica que lo que pudiera creerse.

La literatura catalana poseía desde el siglo XIII uno de los mayores místicos del mundo: el autor de las *Contemplaciones* y del *Cántico del amigo y del amado*. En él se compendia toda nuestra literatura ascética, contemplativa y devota de los siglos medios: es el único que, sin desdoro, podemos colocar cerca de San Buenaventura, y antes que los místicos alemanes (Eckart, Suso, Tauler, etc.). Pero la lengua castellana no tuvo igual suerte hasta el siglo XVI. Toda la diligencia de los más eruditos historiadores de ella no ha podido descubrir en las tres centurias anteriores un solo autor que pueda llamarse místico en toda la precisión científica de la frase. San Pedro Pascual, obispo de Jaen, es orador sagrado y controversista. Fr. Jacobo de Benavente, en el *Viridario*, y Fr. Bernardo Oliver, en el *Libro del espertamiento de la voluntad en Dios*, son moralistas, y á lo sumo ascéticos; y otro tanto puede decirse del anti-Papa Luna en su obra de las *Consolaciones*, y del arzobispo de Sevilla D. Pedro Gómez de Albornoz en el *Libro de la justicia de la vida espiritual et perfection de la Iglesia militante*. Más copiosos los tratados de devoción espiritual en el siglo XV, acércase algo, á la manera de los Ávilas y Granadas, el *Espejo del alma* de Fr. Lope Ferrandes, y es como un pre-

ludio de los futuros libros escritos en metáfora de combate, el *Vegecio Spiritual*, de Fr. Alonso de San Cristóbal. Sigue la misma tendencia alegórica doña Teresa de Cartagena en la *Arboleda de enfermos*; pero ni estos libros, ni el *Lucero de la vida christiana*, de Préxamo, ni el *Vencimiento del mundo* de Alonso Núñez de Toledo, podían satisfacer á principios del siglo XVI el anhelo de las almas piadosas, que veían crecer al mismo tiempo libre y lozana la literatura recreativa y aun picaresca, y multiplicarse cada día la serie de los Amadises, Palmerines, Celestinas y Cárceles de Amor, motivo de grave recelo para los moralistas de entonces.

En tal penuria de libros que calentasen el horno del amor divino en las vírgenes recogidas, y aun en los hombres que vivían en el siglo, arrojábanse todos, como á único pasto, á las traducciones de cuantas obras espirituales había producido la latinidad eclesiástica de la Edad Media, y lograban singular aplauso y boga, no ya sólo el incomparable libro *De contemptu mundi*, que ahora llamamos *El Kempis*, por el nombre de su autor presunto, pero que entonces se atribuía generalmente á Gerson; y los tratadillos de San Buenaventura, especialmente el *Estímulo del divino amor*, las *Epístolas de Santa Catalina de Sena* y la *Escala Espiritual* de San Juan Climaco, sino que casi les disputaban lectores las *Contemplaciones del Idiota*, y los libros de Tauler, de *Ruysbrochio*, de Dionisio el Cartujano, de Henrico Herph y otros alemanes.

Quien trabaje para la historia de nuestra mística, tendrá, pues, que fijar ante todo sus miradas en esta remota época de influencia alemana y de incubación de la escuela española: período muy oscuro, y que discrecionalmente podemos alargar hasta el año 1550. Después, la Inquisición intervino, condenando inexorablemente todo libro en que se encontrasen doctrinas sospechosas de quietismo místico, y también aquellos otros donde pudieran notarse proposiciones sobre la justificación, análogas á las de los luteranos. Tal es el sentido del índice de Valdés y del índice de Quiroga, que, enderezando con excesivo rigor la planta torcida, la hicieron quizá dar frutos más regalados que los que sus flores prometían. De aquí la rareza extraordinaria de la mayor parte de los libros de este primer período, que para la mayor parte de los críticos, incluso Rousselot, han sido tierra sin conquistar: libros extraños, en que se sorprende á veces una fermentación malsana, y un desorden, una audacia, así en lo especulativo como en la reprensión de los desórdenes públicos, que los hace muy desemejantes de todo lo que vino después del Venerable Juan de Ávila. Á esta época pertenece un místico heterodoxo, pero de los más admirables en el manejo de la lengua, Juan de Valdés. En el campo ortodoxo pueden citarse, entre otros muchos, á cual más raros, Fr. Juan de Dueñas, autor del *Remedio de pecadores*, Fr. Pablo de León, que lo fué de la *Guía del cielo*, fray Francisco de Osuna, insigne por su *Abecedario*

Espiritual, Fr. Francisco Ortiz, autor de muy sabias epístolas, complicado en el proceso de Francisca Hernández, que es uno de los que dan más luz sobre esta primera fase del misticismo español; y, finalmente, y superior á todos, fray Alonso de Madrid, que nos dejó una verdadera joya literaria en su bellísimo *Arte para servir á Dios*¹, el cual mereció ser refundido por Ambrosio de Morales, y no ciertamente para mejorarle. El maestro Juan de Ávila cierra este período preparatorio, de efervescencia primero, y luego de depuración, con el comentario del *Audi, filia*, pero puede decirse que pertenece á él mucho más que al siguiente. Fr. Luís de Granada, por las primeras ediciones de sus libros, incluídas muy de veras (y no porque las hubiese falsificado nadie) en el índice de Valdés², corresponde también

¹ *Arte para servir á Dios. Copuesta | por fray Alonso de Ma- | drid: de la orden de Sant | Francisco. Con las adiciones después bechas | por el mismo. Con las | quales se sentirá y en- | tenderá mucho mejor | la dicha arte. Agora | nuevamente impresa | añadida y emendada. | Con el espejo de illu- | stres personas y una | Epístola de Sant Ber- | nardo de la perfección | de la vida espiritual. | Año de MDXLVI. 8.º gót.*

Colof. «Aqui se acaba,» etc., etc.

«Fué impresso en Salamanca en casa de Juan de Junta, impressor de libros. Acabosse á XIII de Julio, de MDXLV años.»

² De la ojeriza con que los grandes teólogos contemporáneos de la Reforma miraban los libros de devoción en lengua vulgar, incluso los de Fr. Luis de Granada, y de que ésta y no otra fué la verdadera causa de la prohibición de la *Guía de pecadores* y de la *Oración y Meditación* (hecho negado vanamente por los que en su vida han pasado los ojos por las primitivas y extraordinariamente raras ediciones de Fr. Luis de Granada, tan

á la primera época. Retocados y corregidos sus escritos, le constituyeron en el gran maestro de la segunda.

Á partir de aquí, comienza aquella generosa escuela que llevó la elocuencia castellana al grado más alto á que puede llegar lengua humana, convirtiendo la nuestra en la lengua más propia para hablar de los insondables arcanos de la eternidad y de las efusiones del alma, hecha viva brasa por el amor. Para ordenar tan gran muchedum-

diversas de las que hoy leemos, aunque no ciertamente en la doctrina), puede formarse idea por las siguientes palabras de Melchor Cano en su *Censura del Cathecismo* de Carranza, las cuales, á mi entender, influyeron decisivamente en el ánimo de los jueces para prohibir los primeros libros del Cicerón castellano: « Á Fr. Luís de Granada le podía la Iglesia reprehender gravemente en tres cosas: la una, en que pretendió hazer contemplativos é perfectos á todos, é enseñar al pueblo, lo que á pocos dél conviene, porque muy pocos populares pretenderán yr á la perfección por aquel camino de Fr. Luís, que no se desbaraten en los ejercicios de la vida activa competentes á sus estados: É por el provecho de algunos pocos dar por escripto doctrina en que muchos peligrarán por no tener fuerzas ni capacidad para ello, siempre se tuvo por indiscreción perjudicial al bien público, é contraria al sesso é prudencia de Sant Pablo.... Finalmente, en aquel libro de Fr. Luís que el auctor aquí declara (el *De la Oración*), hay algunos graves errores que tienen un cierto sabor de la herejía de los alumbrados, é aun otros que manifestamente contradizen á la fée é doctrina cathólica. Por tanto, esta loa y abono del libro de Fr. Luís, es perjudicial al pueblo christiano ¹. »

Esta nota no está aquí muy en su lugar; pero siempre es útil

¹ Libro segundo de Audiencias del proceso de D. Fr. Bartholomé de Carranza (Academia de la Historia, estante 24, gr. 1.ª B. n.º 6.)

bre de autores, no hay en el estado presente otro principio que uno muy empírico: clasificarlos por órdenes religiosas. Pero si atendemos á la fidelidad con que en el seno de cada una de éstas se iban heredando las tradiciones de virtud y de ciencia, y hasta de escuela filosófica y de formas literarias, no dejará de reconocerse un fundamento real á estas agrupaciones. Las principales son cinco: ascéticos *dominicos*, cuyo prototipo es Fr. Luís de Granada; ascéticos y místicos *franciscanos*, serie muy numerosa, en la cual descuellan los nombres de San Pedro de Alcántara, Fr. Juan de los Ángeles, Fr. Diego de Estella; místicos *carmelitas*, de cuyo cielo

para contestar al cargo que recientemente me hizo un joven y erudito dominico, autor de un libro acerca del *P. Báñez*. Dice, pues, este biógrafo, que yo atribuyo gratuitamente á Melchor Cano mala voluntad contra la mística cristiana. Ó la de fray Luís de Granada no lo es (¿y quién ha de sostener semejante absurdo?), ó habrá que confesar que en esta, como en otras muchas cosas, Melchor Cano se dejó arrastrar de su genio intemperante. Ante todo, obliga el respeto á la verdad histórica: este documento está publicado (aunque no leído, por lo visto) desde 1871; yo no le he sacado á luz el primero, ni deja de dolerme, como á cualquier otro católico, esta disidencia entre dos grandes hijos de Santo Domingo. Y entre tanto, queden en pié estos dos axiomas bibliográficos: 1.º Las primeras ediciones de Fr. Luís de Granada no fueron falsificadas por los protestantes. 2.º La Inquisición condenó las obras del venerable granadino, á ciencia y conciencia de lo que hacía, y guiada en gran parte por la autoridad de Melchor Cano, que pesaba enormemente en el ánimo de Valdés. Los perpetuos panegíricos no sirven en la historia sino para alejarnos de la verdadera comprensión de los grandes sucesos y del espíritu de los tiempos.

son estrellas esplendorosísimas San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Fr. Jerónimo Gracián, fray Miguel de la Fuente, etc.; ascéticos y místicos *agustinos*, tales como Fr. Luís de León, Malón de Chaide, el venerable Orozco, Cristóbal de Fonseca, Marquez, etc.; ascéticos y místicos *jesuitas*; v. gr.: San Francisco de Borja, Luís de la Puente, Alonso Rodríguez, Álvarez de Paz, Nieremberg. En otro grupo complementario habría que poner los clérigos seculares y los laicos. Valdés y Molinos merecen capítulo aparte, como místicos heterodoxos.

Así, y no de otra manera, podría tejerse ordenadamente la historia del pensamiento místico, investigando, ante todo, el estado intelectual de cada orden en el siglo XVI, los doctores y maestros que prefería, las nociones filosóficas á que prestaba acatamiento: cuáles estaban por Santo Tomás, cuáles por Escoto ó San Buenaventura: en cuáles influía la cultura profana, y en cuáles no: en cuáles predominaba la esfera del sentimiento, y en cuáles la de la razón: quiénes eran los que prestaban mayor atención á las bellezas de la palabra.... y otras infinitas cuestiones á este tenor, sin la previa resolución de las cuales será siempre un caos y una masa informe la historia de nuestros místicos, como lo es todavía, á pesar de loables esfuerzos, la historia de la teología y de la filosofía españolas, que habían de ser forzosamente los dos veneros donde bebiesen los autores de libros de devoción: tarea popular, y en que rara vez se ascendía á los principios.

No es ocasión la presente para hacer un estudio que ahonde en la parte teológica y filosófica de nuestros autores místicos, puesto que, reducidos nosotros á historiar el desarrollo de una sola idea, la de la belleza, procuramos apartar cuidadosamente cuanto nos desvíe de esta contemplación ahora única; y solo fugitivamente, y por incidencia, podemos penetrar en otros campos, conduciéndonos forzosamente á ellos el íntimo nexo que existe entre las ideas humanas, y la imposibilidad de separar cosas que en el pensamiento de sus autores estaban indisolublemente unidas. Siguiendo, pues, la clasificación por órdenes religiosas, antes esbozada, vamos á recoger en nuestros libros de devoción, no todas las fervientes expansiones que á sus inspirados escritores dictaba el anhelo insaciable de la belleza divina, sino los principios meramente, y las razones filosóficas y humanas en que esta aspiración se fundaba: que para ascender á más alta esfera, como la de los éxtasis, raptos y revelaciones, confesamos de buen grado que nos faltan alas y bríos, y que un religioso terror ata nuestra mano y ciega nuestros ojos, deslumbrados por aquella opulencia de luz, que sólo en silencio y con veneración debemos dejar que penetre en el fondo del alma. «Porque esta ciencia (repetiremos con Fr. Luís de Granada, para ir seguros y evitar toda interpretación torcida), no se queda en sólo el entendimiento, como la que se alcanza en las escuelas, sino que comunica su virtud á la voluntad, regalándola y moviéndola»

dola, y penetrando todos los rincones y senos de nuestra ánima.»

De Fr. Luís de Granada dijo elocuentísimamente Capmany (y nadie volverá á decirlo mejor), que «parece que descubre á sus lectores las entrañas de la Divinidad, y la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones,» y que «el Altísimo anda en sus discursos, como anda en el Universo, dando á todas sus partes vida y movimiento.» Si su filosofía es la de Santo Tomás, como lo llevaba consigo el hábito que Fr. Luís de Granada vestía, su elocuencia rozagante y de anchos pliegues es la de los Cicerones y los Crisóstomos. En la doctrina de la hermosura sigue muy de cerca las huellas del Areopagita y de San Agustín, y tampoco se desdeña de seguir y traducir á Platón, *nominatim*, de la manera que vamos á ver.

¡Con qué elocuencia discurre en el libro I de la *Guía de Pecadores* sobre la excelencia de las perfecciones divinas, y entre ellas de la belleza!

«Si desto tuviesen más entera noticia los hombres, sólo este resplandor de tal manera robaría sus corazones, que contentos con sólo él, no buscarían más que á él.... Esto es tomado de aquél sumo teólogo *St. Dionisio*, el cual en su *Mística Theologia* ninguna otra cosa más pretende que darnos á entender la diferencia del ser divino á todo otro ser criado, enseñándonos á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos, queriendo medir y sacar á Dios por ellas, sino que, dejándo-

las todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un ser sobre todo ser, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una *hermosura* sobre toda *hermosura*, en cuya comparación es fealdad toda *hermosura*.... Esto nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio, cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios, porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos, como á cosa tan baja y desproporcionada, cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.... Conforme á lo cual, dice St. Agustín: «Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olor de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleytable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos, nada desto busco, cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz que no ven los ojos, y una voz sobre toda voz que no perciben los oídos, y un olor sobre todo olor que no sienten las narices, y una dulzura sobre toda dulzura que no conoce el gusto, y un abrazo sobre todo abrazo que no siente el tacto, porque esta luz resplandesce donde no hay lugar, y esta voz suena donde el ayre no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamás se aparta.»

Después de la hermosura de Dios, la hermosura del *ánima justificada*: «Ninguna lengua basta para declararla sino sólo aquel espíritu que la

hermosea y la hace templo y morada suya.... Porque la ventaja que hace el cielo á la tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, esa hace la vida de gracia á la vida de naturaleza, y la *hermosura* del ánima á la *hermosura* del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural.»

¿Y qué es la vida de la gracia, que excede á toda hermosura humana? De esto nada sabía Platón; pero Fr. Luís de Granada va á declarárnoslo con su ardiente elocuencia, que anima y vivifica las entidades teológicas: «Gracia es participación de la naturaleza divina.... esto declaran los Santos con el ejemplo del hierro echado en el fuego, el cual, sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandeciente como el mismo fuego, de manera que, permaneciendo la misma substancia y nombre de hierro, el resplandor, el calor y otros tales accidentes son de fuego.»

«El ánima inflamada desta llama celestial, se levanta sobre sí misma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo, hierve con deseo encendidísimo de Dios, y así corre con arrebatados ímpetus por abrazarse con él, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar aquel que tanto ama, y como no puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallece con la grandeza del deseo no cumplido, y no le queda otro consuelo, sino enviar suspiros y deseos entrañables al cielo.»

¿Y qué estimación debemos hacer de la belleza de las criaturas? «El justo ha de mirarlas como á unas muestras de la hermosura de su Criador,

como á unos espejos de su gloria, como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas dél, como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones que el esposo envía á su esposa para enamorarla y entretenerla hasta el día que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro, que le parece que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envía, y un largo proceso y testimonio de su amor.»

Á desarrollar esta idea ha consagrado el venerable granadino una parte muy considerable del *Símbolo de la fe*, obra para la cual le dieron la primera inspiración y muchos materiales los dos *Hexaemeron* de San Basilio y de San Ambrosio, y los *Sermones de la Providencia* de Teodoreto. Esta hermosísima descripción de las maravillas naturales bajo el aspecto de la armonía providencial, debe citarse como uno de los primeros ensayos de la parte que hoy llamamos *física estética*, aunque aparezca infestada por todos los errores dependientes del atraso de las ciencias naturales en el siglo XVI. Pero si falta muchas veces exactitud, y el autor se deja ir con nimia credulidad á tener por cosa cierta cuanto ve escrito en Plinio y en Solino, jamás pierde las ventajas de su magnífica elocuencia, empapada en un amoroso sentimiento de la naturaleza, muy raro en nuestra literatura, y más en la del siglo de oro.

«¿Qué es todo este mundo visible sino un gran-

de y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quién vos érades? ¿Qué serán, luego, todas las criaturas del mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor?... Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así, á pedazos, cada una por su parte, nos declarasen algo dellas....

«Si tanto puede la hermosura de una criatura (que no es más que un corecico blanco y colorado), ¿cuánto más podrá aquella infinita hermosura de la divina bondad?

«Dios es primera hermosura, de donde procedieron todas las cosas hermosas.... Él ordenó esta cadena, ó, si se quiere, danza concertada de las criaturas.... Como hay música y melodía corporal, así también la hay espiritual, y tanto más suave, cuanto más excelentes son las cosas del espíritu que las del cuerpo. Música y melodía corporal es cuando diversas voces, de tal manera se ordenan, que vienen á concordarse y corresponder las unas con las otras, y desta orden y proporción procede la melodía, y desta la suavidad de los oídos, ó, por mejor decir, del ánima por ellos, porque como ella sea criatura racional, naturalmente huelga con su semejante,

que es con las cosas bien proporcionadas y muy puestas en razón. Y así se huelga con la música más perfecta, y con la pintura muy acabada, y con los edificios y vestidos hermosos, y con todo lo que está muy subido en razón y perfección. Pues así como hay melodía y música corporal que resulta de la consonancia de diversas voces reducidas á la unidad, así también la hay espiritual, que procede de la conveniencia y correspondencia de diversas cosas con algún misterio: la cual melodía es tanto más excelente y más suave que la corporal, cuanto son más excelentes las cosas divinas que las humanas.»

Toda esta doctrina armónica, con mayor elocuencia aún (y tal que excede á cuanto se ha escrito en lengua castellana), y con un sabor más pronunciadamente platónico, que el autor no se cuida de disimular, ha pasado al *Memorial de la vida cristiana* y á sus *Adiciones*. Veamos, ante todo, la teoría de las ideas, no menos bellamente expresada en la lengua de Castilla que en la de Atenas, aunque modificada conforme al sentir de San Agustín y de Santo Tomás: «Y si es lícito comparar las cosas altas con las bajas, así como en la oficina de un famoso impresor, demás del maestro mayor que rige la estampa, hay muchas formas y diferencias de letras, unas grandes y otras pequeñas, unas quebradas y otras iluminadas y de otras muchas maneras, así, Dios mío contemplo yo vuestro divino entendimiento como una grande y real oficina, de donde salió toda la estampa deste mundo, en el cual no está sola-

mente la virtud eficiente y obradora de todas las cosas, mas también infinitas diferencias de formas y de hermosísimas figuras, conforme á las cuales salieron las especies y formas criadas que vemos y que no vemos, aunque estas formas en Vos no sean muchas, sino una simplicísima esencia, la cual, de diversas maneras, por diversas criaturas es participada. De suerte, que no hay criatura fuera de Vos que no tenga su forma y modelo dentro de Vos, conforme á cuya traza fué sacada. Estas son aquellas ideas que los filósofos ponían en vuestro divino entendimiento.... Y por eso, de todas las cosas gozará quien gozare de Vos, y todas estas cosas verá en Vos más perfectamente que si las viese en sí mismas, por donde éste se llama conocimiento de la tarde, y el que en Vos es, de la mañana.»

«Las hermosuras de las criaturas son particulares y limitadas, mas la vuestra es universal é infinita, porque en Vos sólo están encerradas las hermosuras de todo lo que Vos criastes.... Así como la mar es grande, no sólo porque todas las aguas de los ríos entran en ella, sino también por las que ella tiene de suyo, que son muchas más sin comparación, así decimos que Vos, Señor, sois mar de infinita hermosura, porque no sólo tenéis en Vos las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, sino también otras infinitas, que son propias á vuestra grandeza, y no se comunicaron á ellas, aunque en Vos no sean muchas hermosuras, sino una simplicísima é infinita hermosura.... Él sólo tiene embebidos en sí

los mayores rasgos de todas las hermosuras, con otras infinitas que son propias suyas.... Sólo el ver y gozar tal hermosura, basta para hacer bienaventurados aquellos soberanos espíritus del cielo, é hinchar todo el seno de su capacidad. Dios no tiene otra bienaventuranza sino ver y gozar de su propia hermosura.»

De esta manera se dan la mano en Fr. Luís de Granada como en Santo Tomás la doctrina platónica, ó más bien platónico-agustiniana de las ideas, y la teoría aristotélica del Sumo Bien que se contempla á sí propio. Para que nadie se llame á engaño sobre los orígenes de esta *disciplina amatoria*, Fr. Luís de Granada, en las *Adiciones al Memorial*, traduce la mayor parte del razonamiento de Diótima, encabezándole con estas palabras: «Casi todo esto que aquí habemos dicho acerca de la divina hermosura, dice maravillosamente Platón, en persona de Sócrates, en el diálogo que llaman del *Convite*....» Y después de extractarlo, añade: «¿Qué cristiano habrá que no se espante de ver en estas palabras de gentiles resumida la principal parte de la filosofía cristiana?»

¿Y cómo no había de dar tan alto y generoso testimonio en favor de la razón humana, tan maltratada y calumniada ahora por los que se dicen guardadores de la fe, el filósofo que enseñaba que «las obras del entendimiento humano son semejantes á las que proceden del divino?»

¹ Los pasajes de Fr. Luís de Granada, que traslado de modo que formen un conjunto ordenado, están tomados de los